

"SUIZA, UN EJEMPLO DE DEMOCRACIA"

André Siegfried. - F. C. E., México.

— 1 —

Fuera de una ideología democrática consagrada en las instituciones de gobierno, hay otros elementos — como los físicos — que pueden contribuir a la realización de un auténtico gobierno del pueblo. De los Estados Unidos se ha dicho que su distanciamiento de la metrópoli inglesa, impuesto por la gran barrera del océano Atlántico, contribuyó al descuido con que Inglaterra manejó la política de sus colonias, favoreciendo así, indirectamente, su emancipación. Posteriormente este mismo factor, ayudado por el formidable potencial económico del territorio norteamericano, ha evitado los ataques del extranjero y vigorizado el sentimiento de la unidad nacional. La misma geografía de Grecia, cuna de la civilización occidental, corrobora la importancia del factor geográfico en el desarrollo de determinadas instituciones políticas y de formas particulares de civilización. La cadena de montañas ubicada al norte de su territorio constituía una barrera para los ataques de los enemigos, especialmente de los bárbaros; las costas del oriente y del sur, todas ellas accesibles, facilitaban la recepción de otras culturas, como la egipcia y la oriental; y en fin, los valles rodeados de montañas de sus ciudades-estados generaron en sus moradores un tradicional espíritu de independencia.

— 2 —

Siegfried comienza por afirmar que Suiza, siendo esencialmente europea, es el corazón de la Europa Central. Desde el punto de vista geográfico, e inclusive social y político, la personalidad de Europa se caracteriza ante todo por la diversidad. Y dentro de ella, es Europa Central quien tiene una personalidad más acentuada. Es posiblemente la parte del continente europeo que presenta un mayor avance técnico y social. Hasta la segunda guerra mundial fue su eje

— 187 —

Sala de
AUTOPES ANTIQUEÑOS
Biblioteca General
U. de A.

y su centro. Hoy, cuando gradualmente Europa Oriental ha entrado en otra órbita política, ha adquirido el carácter de una frontera. Es una región cuya vida se caracteriza por la solidez: el rigor del clima continental crea cierto sentido del confort y confiere mayor firmeza a las construcciones. Hay solidez en la organización social: el individuo es disciplinado, se somete con facilidad al imperio de la ley y se mueve ben dentro de los marcos organizados.

La geografía de Suiza, formada por 41.000 kilómetros cuadrados, se caracteriza esencialmente por la existencia de dos grandes sistemas montañosos — las cadenas del Jura y de los Alpes —, que enmarcan una llanura larga y estrecha. Es, pues, un verdadero espacio ubicado entre Alemania, Francia, Italia y los países del Danubio.

La fuerte tendencia del suizo a la independencia política se ha visto favorecida por su circunstancia geográfica. Los Alpes, que forman una auténtica barrera, constituyen un reducto militar, propicio a ese sentimiento de autonomía. La llanura, que es un formidable depósito de agua, es una vía de comunicación con todas las direcciones del continente, un elemento de enlace con las vías fluviales europeas. Es, además, un fuerte motivo de unidad nacional. Por su riqueza ha favorecido el desarrollo económico del país, y su estrechez permite al ciudadano suizo la visión permanente de sus montañas. Este complejo geográfico de llanura y montaña, que da estabilidad y orden a la población laboriosa que habita la llanura, y que además da protección a la vida local, ha sido en gran parte el factor determinante de la unidad nacional. Como dice Siegfried “económicamente la llanura es lo esencial, pero psicológicamente lo es la montaña. Los montañeses reivindican y conquistan la libertad, lo que, sin duda, los habitantes de las llanuras no habrían podido hacer en el mismo grado”. Y al destacar este doble carácter del país, encuentra “un sentimiento nacional intenso, acrecentado por una necesidad extrema de independencia, fundada en la multiplicidad de vidas locales, comunales y cantontales, celosas hasta el máximo de su individualidad; y, por otra parte, un sentido extremadamente desarrollado de las relaciones internacionales. La tendencia centrípeta se expresa en el reducto alpino, donde el alma de la nación se atrinchera en caso de peligro mortal; la tendencia centrífuga, en el abanico de salidas y de puertos, en esas ventanas económicas siempre abiertas de par en par. Ya se trate de economía o de política, encontraremos en todas partes esa doble atracción: estaba inscrita, desde el principio, en la geografía”.

Pero la circunstancia geográfica, por favorable o determinante que ella sea, no basta para conformar la personalidad de un país, ni mucho menos para crear formas propias de gobierno. Si el antiguo esplendor espiritual de Grecia no subsiste hoy, a pesar de permanecer inalterable el medio físico, hay que acudir, para la explicación de este fenómeno, a la decadencia de su pueblo.

Se ha dicho por algunos teorizantes de la democracia, que una forma avanzada de gobierno exige, como condición sine qua non, la homogeneidad del pueblo que va a practicarla. Pues bien: Suiza no tiene homogeneidad racial, ni lingüística, ni religiosa. Pero el suizo, lejos de preocuparse, encuentra en ello un factor de equilibrio. Su espíritu liberal busca la unidad en la variedad. A fines de 1950 la población se calculaba en 5.074.000 habitantes. Elementos de cuatro razas la integran: los suizos alemánicos, los suizos romandos y los suizos italianos y romanches. Los primeros, situados al norte del país, próximos a Alemania, constituyen aproximadamente el 74% de la población. Como los alemanes, son de contextura maciza, románticos, ordenados, con una inteligencia práctica que los impulsa a resolver con facilidad los problemas concretos y les ha hecho coger horror, en cambio, a las abstracciones, a las generalizaciones de alcance universal. Esta mentalidad, y su gran pasión por el trabajo, les ha capacitado para desempeñar un buen papel en la administración pública. Evidentemente llevan la civilización de su ancestro alemán, pero desde el punto de vista religioso el protestantismo de Zwinglio les ha educado en el civismo y les ha dado cierto espíritu liberal, tolerante, diferente al que se respira en el protestantismo luterano. Precisamente la proximidad de los alemanes, a quienes han aprendido a temer, especialmente después de las dos últimas guerras mundiales, les hace mirar al centro de Suiza como punto de unión de la nacionalidad.

Otro sector de la población está constituido por los romandos, de ascendencia francesa, y forman el 20% de la población total. Ubicados en los cantones próximos a la frontera con Francia, su cultura, su lengua, su literatura, son las francesas. Su parentesco latino se transparenta en la vivacidad de su temperamento, en cierto individualismo, y, ante todo, — lo cual contrasta con la mentalidad de sus compatriotas alemánicos — en el menor apego al rigorismo de las disciplinas. Pero si culturalmente la tendencia centrífuga va hacia Francia, políticamente tienen una dirección centripeta. Es decir, se

sienten estrechamente ligados a la Confederación, a su historia, y son enteramente solidarios con el destino de la democracia helvética, la cual — por otra parte — poco o nada debe a la revolución francesa. Es una democracia de burgueses, conformada a la manera Suiza, cuyo sentido de la igualdad democrática la lleva a preferir el anonimato y a experimentar un temor instintivo al gobierno de las personalidades.

El resto de la población, decisivo para el equilibrio nacional, está formado por italianos y romanches. Como en los casos anteriores, los italianos son verdaderos suizos que no obstante se sienten ligados al país del sur por la lengua, la raza y la civilización.

No existe tampoco, como decíamos, homogeneidad religiosa. Hoy se ha llegado, después de épocas de lucha intensa, a una paz religiosa total. El buen sentido suizo ha tomado también la diversidad en este campo como un verdadero factor de unidad en la Confederación. La distribución religiosa, según el censo de 1.950, es la siguiente: un 58.5% de protestantes, un 40.3% de católicos y un 0.2% de judíos. A pesar de haber mayoría protestante, no existe el deseo de oprimir a las minorías religiosas. Sin que la actividad proselitista haya desaparecido, para el espíritu tolerante suizo es un derecho elemental la libertad que cada cual tiene para practicar la religión que desee, o para no adscribirse a ninguna.

Como consecuencia de la heterogeneidad racial, existe la diversidad lingüística. Según el censo de 1.950, la proporción es la siguiente: suizos de lengua alemana, 74.3%; suizos de lengua francesa, 20.6%; suizos de lengua italiana, 4%; y suizos de lengua romanche, 1.1%. Al igual que la distribución religiosa, la diversidad lingüística, en vez de constituir un elemento de disgregación nacional, es otro factor de la unidad y el equilibrio helvéticos.

Por último es preciso destacar otro hecho importante en la complejidad del fenómeno suizo. Hasta ahora hemos hablado de unidades raciales, religiosas y lingüísticas. La heterogeneidad no se detiene ahí. Las unas no se corresponden con las otras. Es decir: no podríamos afirmar que los franceses son exclusivamente católicos y los alemanes protestantes; o que éstos hablan solamente el alemán y los del sur el italiano. O sea que las fronteras lingüísticas no coinciden necesariamente con las religiosas, ni con las geográficas de los cantones. En realidad la variedad es máxima: existe, como dice Siegfried, un verdadero juego de combinaciones religiosas y lingüísticas.

Si en Suiza hay tres razas, dos religiones principales y cuatro idiomas, en dónde reside ese poderoso sentimiento de unidad nacional? Siegfried lo explica como el resultado de un equilibrio entre una triple atracción cultural centrífuga y una triple atracción política centrípeta. Cada uno de los sectores próximos a su país de origen, para evitar su influencia, le opone una fuerte resistencia que, lógicamente, lo impulsa hacia el centro geográfico de Suiza. Es, como dice Siegfried, "un fuego de fuerzas mecánicas, donde la atracción concéntrica es la más fuerte: de ahí la formación de una nacionalidad positiva, que no es ni francesa, ni alemana, ni italiana, sino suiza y cuya unión íntima es tan grande que ha atravesado los siglos. El origen es negativo, el resultado es una afirmación. Pero esta unidad, surgida de una defensa común, no ha sido posible más que gracias a una circunstancia geográfica: la existencia de la fortaleza alpina."

Además, ese sentimiento de unidad tiene claros factores positivos. El suizo comprende perfectamente que si esas diferencias ya anotadas las lleva al campo de la polémica, de la intransigencia, la supervivencia de la nacionalidad se haría imposible. Practica, entonces, un mutuo respeto y jamás propugna, bien como dirigente político o como simple ciudadano, porque Suiza se afirme en un determinado sentido, bien sea religioso, o racial o lingüístico. Es decir, toma la neutralidad como la base misma de la supervivencia de la nación. Si se acepta esto se explica fácilmente la neutralidad internacional de este pequeño país, que tan despectivamente ha sido mirado por algunas naciones. Un país que para poder existir, para poder sobrevivir, requiere en lo interno de un gran transacción nacional, no podría darse el lujo de adoptar en el campo internacional una actitud beligerante. Sería un verdadero contrasentido.

Por otra parte, el suizo encuentra en la fuerte adhesión a su historia común y a sus instituciones tradicionales, otro factor positivo de unión. Dada la diversidad nacional existente, la única manera de preservar la autonomía seccional ha sido la práctica constante de la descentralización. En cierto sentido podría hablarse de una nacionalidad triple en el ciudadano suizo: primero que todo pertenece a una comuna, luego a un cantón y en último término se siente miembro de la Confederación. Y esas autonomías cantonales y comunales las conserva celosamente, pues en ellas ve la expresión más alta de su régimen democrático, que le permite una ingerencia directa en los desti-

nos de la comunidad. Es una democracia ante todo comunal, con su autonomía local, que impide al estado una política centralista y absorbente atentatoria de las peculiaridades regionales. Y ya sabemos que el equilibrio de Suiza radica en buena parte en el respeto a esas individualidades. Cada ciudadano suizo tiene una partida, otorgada por una municipalidad, que le acredita su origen comunal y le confiere ciertas prerrogativas. Dentro de la comuna municipal puede haber otras, entre ellas la "burguesa". Esta tiene bienes colectivos, que maneja con un criterio corporativo. Pero es la comuna municipal, a la cual pertenecen todos los ciudadanos del distrito, el núcleo inicial de la democracia suiza. El gobierno de uno de los 22 cantones en una de sus mensajes, citado por Siegfried, la define así: "la comuna es el prototipo de la organización democrática. El espacio reducido de la comuna es el campo indicado para el ejercicio de la democracia directa, aquel donde cada ciudadano participa personalmente en todas las decisiones que interesan a la colectividad y donde todos los órganos son designados por el pueblo mismo directamente; allí el particular está en contacto todavía con los elementos de base y el alcance de sus decisiones, y allí puede comprobar por experiencia personal las consecuencias de la actitud que adopta."

Esta fuerte autonomía comunal se aplica también al cantón. La Confederación suiza es una república democrática, formada por agregación e integrada por 22 cantones, todos anteriores a ella. Subsisten dos soberanías: la del estado central y la de cada estado seccional. La necesidad de preservar la unidad nacional impone la delimitación y el equilibrio de las dos competencias. Parece paradójico, pero el vínculo más vivo del ciudadano con la nacionalidad está en su respectivo cantón. Sin dejar de sentirse radical y patrióticamente suizo, el ciudadano, antes que miembro de la Confederación — la cual es para él casi una abstracción — es de un cantón determinado. En el ejercicio de su soberanía cada cantón tiene una constitución, un poder ejecutivo propio y una asamblea mediante la cual se da su legislación. Ha sido relativamente poco el influjo de los grandes movimientos ideológicos — como la revolución francesa — en la conformación del espíritu suizo. El éxito de sus instituciones políticas se explica porque han surgido de su peculiar evolución histórica, y lo que puede haber en ellas de asimilación ha sido el resultado de un proceso secular. Sus manifestaciones de democracia directa—la Landsgemeinde, por ejemplo — más que origen latino, tienen cierto ascendiente bárbaro. La Landsgemeinde no evoca la asamblea del pueblo griego en el ágora,

sino un conjunto de guerreros que tienen el derecho de portar armas como verdadero signo de libertad. Desde luego esta manifestación de la democracia pura, por sus dificultades naturales, no rige hoy sino en unos pocos cantones, pequeños y de escasa población: Appenzell, Unterwalden y Glaris. Por medio de ella, el pueblo, constituido en asamblea, hace directamente las leyes y realiza la elección de magistrados.

En este ejercicio de la democracia directa, se obtiene una mayor cultura política y, sobre todo, una participación más consciente en los destinos del país. La responsabilidad, a diferencia de lo que ocurre en otras democracias con grandes masas, se diluye menos. La organización política de cada cantón está integrada por un Consejo de Estado que desempeña el poder ejecutivo, y está presidido por el Landammann; y por un Landrat o Gran Consejo, especie de parlamento, que colabora en la expedición de las leyes al presentar proyectos de ellas a la Landsgemeinde, la que en última instancia es quien ejerce el poder legislativo. La Landsgemeinde, convocada previamente, se reúne a la hora fijada en la plaza mayor de la capital del cantón. Los ciudadanos votantes se agrupan ordenadamente en forma de elipse. En el centro hay una tribuna, dotada de altoparlantes, en donde se ubican las autoridades y a la cual acude, también en perfecto orden, el pueblo a expresar libremente sus opiniones. Se eligen, o se reeligen, los miembros del ejecutivo o del poder judicial, y se votan diferentes leyes, todas ellas de un contenido concreto, apegado a los problemas comunes e inmediatos. Es preciso destacar aquí un rasgo predominante de la democracia suiza. En ella la política nada tiene de la espectacularidad nuestra. Y dado ese espíritu práctico, muy poco o nada se diferencia de la administración.

El estado central se rige por la constitución adoptada en 1.848. No se ve una influencia marcada en las instituciones que consagra de las formas políticas surgidas a raíz de la revolución francesa, o de las imperantes en Norteamérica. El ejecutivo colegiado responde muy bien a la aversión natural que el temperamento suizo experimenta por el caudillismo, por el brillo personal que puede dar un régimen presidencial. Las decisiones son colectivas, trasunto fiel del valor medio. Tampoco existe un sistema parlamentario, que podría conferir inestabilidad a la conducción de la alta política. Su democracia eminentemente representativa permite el control directo de las asambleas por parte del pueblo, especialmente mediante el sistema de la iniciativa y las votaciones en forma de referéndum.

Es, pues, un sistema de gobierno conformado a la manera suiza, de dudosa aplicación en otro pueblo que no tenga su raigambre histórica.

Es esta una visión rápida del complejo fenómeno suizo, de este pueblo admirable a la vez romántico y práctico, de temperamento tradicionalista e instituciones liberales, que ha tomado plena conciencia de su destino histórico y dado a la humanidad un ejemplo clarísimo de cómo se puede convivir a pesar de las diferencias. Suiza, con su sistema peculiar, preserva las formas de civilización y convivencia obtenidas por la humanidad después de un forcejeo milenario. No es, ciertamente, una contribución despreciable a su progreso.

Octavio Lopera Vargas